

Fuentes y funciones de los excrementos a lo divino en *Los afectos espirituales* de la Madre Castillo (1671-1742)

RESUMEN

El presente artículo analiza *Los afectos espirituales*, escrito por la Madre Castillo, como ejemplo de texto femenino propio de la literatura conventual de la época. El texto se sirve de la metáfora del excremento para la representación del pecado humano y, en su caso de “pecado femenino”.

Palabras clave: literatura conventual, excrementos, penitencia, Madre Castillo.

Sources and Functions of Excrement to the Divine in *Los afectos espirituales* of Madre Castillo (1671-1742)

ABSTRACT

This article explores *Los afectos espirituales*, written by Mother Castillo, feminine text as an example of proper monastic literature of the time. The text uses the metaphor of excrement to the representation of human sin and, if “sin female”.

Keywords: monastic literature, feces, penance, Madre Castillo.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Las fuentes de Castillo. 3. La penitencia de Job. 4. Excrementos como estiércol en *Los afectos espirituales*. 5. Excrementos del “muladar”. 6. Excrementos como lodos, cienos y más. 7. Conclusión. 8. Bibliografía.

Introducción

En 1689, después de una niñez enfermiza, la Sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara, mejor conocida como la Madre Castillo, entró de adolescente en el Convento de Santa Clara en la lejana ciudad eclesiástica de Tunja, Colombia, Nueva Granada donde pasó la mayor parte de su vida sola y enferma (Morales Borrero: 6-7). Cinco años más tarde, en 1694, y contra los deseos de sus padres, hizo votos perpetuos como religiosa (Achury Valenzuela: xliii). Sin embargo, y a pesar de grandes desafíos, celos, y pruebas en su contra, fue nombrada abadesa tres veces durante sus 53 años en el convento (Morales Borrero: 7-9).

Los dos escritos más importantes de la Madre, *Su vida* y *Los afectos espirituales*, han sido admirados por su estilo clásico, su sistematización estilística “aún en los momentos más fogosos”, su claridad y su equilibrio “entre lo sereno y lo vehemente” (Morales Borrero: 3-4). Por otro lado, se han criticado igualmente como confusos, repetitivas y manchadas tanto por los descuidos de una escritura demasiado rápida como por el culteranismo y el gongorismo (McKnight: 167; Achury Valenzuela: cxx). Por orden de sus confesores la Madre Castillo escribió la narración de su vida espiritual que luego se publicó en 1843 bajo el título de *Sentimientos espirituales* (Morales Borrero: 9-10). La obra pertenece a un género autobiográfico místico, diferente del de *Su vida*, pero común entre las escritoras religiosas de la época (McKnight: 168). Santa Teresa, por ejemplo, lo cultivó en sus *Exclamaciones o meditaciones del alma a su Dios* en donde se quejó de su dolor de exilio terrenal lejos de Dios; examinó sus debilidades; instruyó su alma y aplicó historias bíblicas a su camino espiritual (McKnight: 168). Aunque Francisca empezó a escribir sus propios *afectos* de modo similar en 1690, solamente los escritos entre 1694-1728 tienen fechas específicas y de ellos únicamente la mitad fue incluida en la primera edición (Achury Valenzuela: cxii; McKnight: 168).

Cualquiera que fuesen los objetivos y motivos de los escritos de la Madre Castillo, la crítica está de acuerdo en que la abadesa incorporaba una fuerte dosis de retórica clásica para lograrlos. Con sus símbolos, metáforas y juegos de palabras, la retórica le habría servido del perfecto vehículo para mejor comunicar lo inefable de la purificación del alma y su unión con Dios para con sus lectores tanto religiosos como seculares (Bejarano Díaz: 20). El propósito de este ensayo es mostrar cómo Castillo usa uno de sus símbolos más queridos, los excrementos, tanto como otros eufemismos y traducciones de la palabra —el estiércol, el muladar, la ceniza, el cieno, el lodo, el polvo y más— para llevar a cabo precisamente esta misión.

Los afectos es una obra de largos periodos y estilo complicado que trata un tema mayormente inaccesible para el lector moderno. Por eso, cito a Castillo frecuentemente para mejor iluminar el texto a través de una lectura lo más detallada posible. En otros momentos, parafraseo el texto en mis propias palabras o lo corto con elipsis para limitar la verbosidad enredada de la autora o para simplificar o clarificar un tema oscuro. En todos los casos, mi intento es ofrecer un análisis a veces tanto descriptivo e informativo como crítico para poder presentar a la Madre Castillo a aquellos lectores que ignoren o no comprendan su obra.

Sin embargo, como esperaríamos de una obra mística barroca de este tipo, no es siempre posible entender a la monja tunjana a ciencia cierta. En esos momentos puede que ella misma no sepa explicar sus pensamientos lucidamente o no quiera que sus lectores le entiendan a propósito. Robledo cree que aquí se ve lo sintomático de la cultura barroca neogranadina que suprimía o negaba la sexualidad de la mujer con los códigos masculinos del honor y celibato (xiv-xv). Lo femenino se definía por el secreto, el himen, el hermetismo y la virginidad y Castillo, como la mujer en general, aceptaba este papel de silencio y sumisión en el cual “[r]ecribe otras historias al imitar uno o varios modelos. Termina por no decir nada nuevo o casi nada” (Robledo: xiv-xv, xxi). A medida que decidimos si los excrementos son parte de esta

problemática, podemos también simplemente apreciar *Los afectos* por su belleza enigmática y su naturaleza incomunicable.

Las fuentes de Castillo

La Madre Castillo pudo haber sido influida por varias fuentes a medida que incluía los excrementos y sus diferentes eufemismos o traducciones en sus escritos. Como esperaríamos, uno de sus modelos seguramente era Santa Teresa de Ávila, a quien cita en *Los afectos* (I, 40; 62) y cuyas obras su madre le leía de niña (Castillo, 2007: 62). Veremos múltiples ejemplos de su influencia integrados a través de este estudio.

La historia natural y la mitología antiguas probablemente desempeñaron papeles importantes también en Castillo. Estas tradiciones solían yuxtaponer lo más alto con lo más despreciable del mundo para destacar sus grandes diferencias inherentes (Cirlot: 8). Para los místicos no podía haber habido una mejor pareja correspondiente que el asco de los excrementos y la indecible gloria y majestad de Dios. En la tradición antigua, el lodo, de obvio parentesco cercano con los excrementos, además simbolizaba los nacientes procesos biológicos (Cirlot: 20). Castillo refleja estas actitudes cuando ruega a la Virgen, “enseñadme Señora mía a humillarme en la divina presencia hasta el abismo de mi nada y abominación. Dadme luz Señora mía para conocer, cómo debe estar el polvo, y el gusano ciego y podrido, ante la tremenda Majestad de Dios” (II, 130).¹ Como veremos, “el polvo” es una traducción bíblica por los excrementos mientras que el gusano, como otros insectos de la tradición mística y bíblica, se asocia con la descomposición de las fecundas sustancias naturales.

Otra influencia sobre la Madre pudo haber sido la poesía española. La crítica ha notado que, por ejemplo, las derivaciones de una sola palabra de Santa Teresa se remontaban al cancionero tradicional del siglo XV (Chicharro: 161).² Además de este tipo de juego de palabras, la tradición popular y la tendencia italianizante de la poesía española en general habían permitido varios símbolos y metáforas arquetípicos “de procedimiento didáctico-metafórico” que el misticismo español fácilmente adaptó “a lo divino” (Hatzfeld: 12, 29).

Sin embargo, posiblemente siguiendo el *inexpectatum* de Quintiliano (vol. III, lib. ix, 384-85), los místicos no siempre los usaban en forma tradicional sino vaga o sorprendentemente (Hatzfeld: 12). Las mujeres se obligaban a ser especialmente creativas de esta manera ya que les faltaba la misma preparación teológica que sus contrapartes masculinas (Johnson: 182). Castillo seguramente era susceptible a este proceso como Robledo nos recuerda, “[c]on el ejemplo de Teresa muchas autoras [...] hablar[on] [...] con imágenes que fueron tenidas por confesores, otras monjas, seglares, y luego por académicos como bizarras, obscenas y, en muchas ocasiones

¹ Mis citas de Castillo son de *Los afectos espirituales* a menos que se anoten de otro modo.

² Bien podría ser el *similiter desinunt et cadunt similiter* o el *multis casibus* recomendados por Quintiliano (III, ix, i, 368-69). Del infinitivo “poder,” por ejemplo, Teresa usa “puedo” y “pudiese” en la misma frase (1990: 161, nota 19). En Castillo abunda esta técnica como vemos en, “¡Oh pues, alma, el que te dio oídos para que le oigas, ¿no te oirá?” (II, 93).

heréticas” (xxx). Veremos si las imágenes de Castillo asociadas con el excremento pueden clasificarse peyorativamente así o si le ayudan a lograr en *Los afectos* lo que se ha descrito, en forma más positiva, su máxima expresión imaginativa (Johnson: 170).

La fuente primaria más probable para los excrementos y sus múltiples eufemismos simbólicos que Castilla emplea en sus *Afectos* parece haber sido la misma Biblia. Pero aun así, el uso de una palabra u otra por los excrementos allá depende fuertemente de la traducción usada. Vemos, por ejemplo, que el griego, *skubalon*, o “muladar”, se traduce como “basura” en Filipenses 3:8.³ Aunque el hebreo, *peresh*, se queda “excremento” en Ex. 29:14⁴ y Lev. 4:11,⁵ se tira con las “cenizas”, otra traducción por excrementos. En San Lucas 13:8, el sustantivo griego original por “estiércol” (*koprion*) se cambia por una conjugación del verbo más benigno, “abonar”.⁶

En vez de ser un fertilizante natural para plantas, el estiércol es un fertilizante hecho de partes humanas en otros pasajes bíblicos macabros. Así, es el castigo más miserable posible reservado para los peores pecadores que ignoran a Dios. En 2 Reyes 9:37, por ejemplo, Dios manda, “[l]os perros comerán la carne de Jezabel en el campo de Jezrael, y el cadáver de Jezabel será como estiércol sobre la superficie del campo [...] de modo que nadie podrá decir: Esta es Jezabel”. En Jeremías 8:2, Yavé otra vez ordena que se saquen los huesos enterrados de los reyes de una mala generación y que sean “como estiércol sobre la superficie de la tierra.” Jeremías 9:22 proclama, “[l]os cadáveres de los hombres yacen como estiércol sobre el campo, como queda tras el segador el manojo, sin haber quien o recoja”. Dios señala en Sofonías 1:17, “[a]terraré a los hombres, que andarán como ciegos; por haber pecado contra Yavé, y su sangre será derramada como se derrama el polvo, y tirados sus cadáveres como estiércol”. Y el salmista exhorta a que los enemigos de Israel sean “exterminados” y que vengan a ser “estiércol de la tierra” (Sal. 83:10-11).

Con otros términos asociados con excrementos, la Biblia sigue explicando cómo los pecadores sufren el castigo divino. En el canto de Isaías 25:10, Yavé descansará sobre el monte, pero Moab “será pisoteado debajo de Él, como se pisotea la baja en el muladar”. Si los sacerdotes no le escuchan, Yavé les advierte, “[...] os quebrantaré el brazo y os echaré al rostro la inmundicia, la basura de vuestras solemnidades, y seréis echados donde se echa ella (Malaquías 2:3). Por lo visto, los pecadores no tienen

³ “Pero lo que tenía por ganancia, lo reputo ahora por Cristo como pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura [...]”.

⁴ “La carne del novillo, la piel y los excrementos los quemarás fuera del campamento. Este es el sacrificio por el pecado”.

⁵ “La piel del novillo, sus carnes, la cabeza, las piernas, las entrañas y los excrementos, lo llevará todo fuera del campamento a un lugar puro, donde se tiran las cenizas, y lo quemará sobre leña. Se quemará en el lugar donde se tiran las cenizas”.

⁶ El viñero le respondió a Jesús, “Señor, déjala aún por este año que la cave y la abone, a ver si da fruto [una higuera] para el año que viene [...]; si no, la cortarás”.

salida. Los perros excretarán sus cuerpos para que nunca sean reconocidos jamás. Sus huesos estarán desangrados y quebrantados. Sus caras se cubrirán con inmundicias y basura y estarán echados al muladar donde se pisotearán como baja.⁷ Aunque Castillo usa muchos de los mismos términos, veremos si emplea la misma violencia para afectar a sus lectores o si opta por una versión más pasiva.

Otra referencia en la Biblia usa los excrementos para metafóricamente simbolizar la miseria en que se atrapan los débiles. En Sal. 113: 5-9, por ejemplo, se escribe, “¿[q]uién semejante a nuestro Dios, / que tan alto se sienta y se abaja para mirar / en el cielo y en la tierra; que levanta del polvo al desvalido / y alza del estiércol al pobre para hacerle sentar entre los príncipes, / entre los nobles de su pueblo; que hace habitar en casa a la estéril / (como) madre gozosa de (numerosos) hijos?”. Ya sabemos que Castillo quiere conocer el mismo “polvo” para humillarse ante Dios (II, 13) y lo veremos otra vez cuando hable del sufrimiento de Job. Aquí, igual que los verbos “levanta” y “alza” que los preceden, los sustantivos “polvo” y “estiércol” son simplemente dos maneras de decir lo mismo. En cambio, el pasaje entero se equilibra por una serie de opuestos como “tan alto se sienta” y “se abaja”, “cielo” y “tierra”, “pobre” y “noble” y “madre” e “hijo”. En lo que Quintiliano llamaría un *similiter desinunt y cadunt similiter*, aun “estiércol” se parece a “estéril”. Los críticos han notado tal musicalidad en *Los afectos* de Castillo.

En otros pasajes, los excrementos no son pecados ni abonos sino, cosa sorprendente, comida. Durante el sitio de Jerusalén en 2 Reyes 18:27, el capitán del rey de Asiria pregunta, “[...] y no más bien a la gente que hay en la muralla y han de comer sus excrementos y beber sus orines con vosotros?” En Ezequiel 4:12-15, leemos el siguiente diálogo entre Dios y Ezequiel:

Comerás pan de cebada, que cocerás en rescoldo de excrementos humanos y a la vista de esas gentes. Y me dijo Yavé: Así comerán los hijos de Israel su pan inmundo en medio de las gentes a las cuales les arrojaré. ¡Ah, Señor!, exclamé yo: mi alma no se ha contaminado nunca; desde mi adolescencia hasta hoy no comí mortecino ni despedazado, y jamás entró en mi boca carne inmunda. Él me respondió: Mira, te concedo que, en vez de estiércol humano, tomes estiércol de bueyes para cocer con él tu pan.

Los términos “mortecino” (casi sin color), “despedazado” (en pedazos) e “inmunda” (asquerosa) son claves descripciones eufemísticas por el estiércol humano y animal que se repite al principio y al final del pasaje. El “rescoldo”, o cenizas calientes de excremento, es otro término estrechamente asociado con el estiércol en el libro de Job que veremos adelante.

En otros lugares de la Biblia, las traducciones de excrementos revelan la verdadera naturaleza de los calabozos y las celdas donde se encarcelaban los cristianos primitivos. En Salmos 40:3, el cantante celebra que Dios le sacó, “[...] de una

⁷ Otra traducción por abono, fertilizante o estiércol.

horrible hoyo, de fangosa charca”, mientras en Jer. 37:16 se lee que en la casa de Jonatán, Jeremías “[...] fue metido en una cisterna abovedada, y estuvo allí mucho tiempo”. Luego en Jer. 38:6, “[t]omaron, pues, a Jeremías y lo metieron en la cisterna de Melquías [...] bajándole con cuerdas a la cisterna, en la que no había agua, aunque sí lodo, y quedó Jeremías metido en el lodo”. El pasaje se cuida de informarnos que no había agua abajo sino “lodo”, mientras las cisternas, la fangosa charca y la hoyo son obvios términos por cloacas.

La penitencia de Job

Tanto Santa Teresa como la Madre Castillo sufrían de grandes aflicciones y enfermedades físicas. Por eso, el paciente Job y la estrecha relación que tiene su penitencia con “el polvo,” “la ceniza” y “el muladar” parecen ser de suma importancia para ambas mujeres. En su *Libro de la vida*, Teresa escribe:

parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dio, que se vía claro venir de Él. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio [...] Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento y decíalas: *Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.* (146)⁸

La misma Castillo leyó la historia de Job mucho (Robledo: xxxviii). En *Los afectos* ella nos recuerda que Job dijo, “[b]atalla [...] es la vida del hombre” y “acuérdate que es viento mi vida [...]” (II, 178). Luego, Castillo alude a que el purgatorio o el destierro del alma lejos de Dios son similares a la penosa historia de Job:

y entrando [el alma] dentro de sí misma no la dejan reposar sus entrañas y sus ansias preguntándole: ¿dónde está tu Dios? Toda la casa se revolvía por buscar una dracma. Todo su estrado se resuelve en su enfermedad, no hay sanidad en su carne, no hay paz en sus huesos, no pide entonces manzanas y flores, mas como todas las cosas le sean molestas, se viste el cilicio, se humilla en el ayuno, se convierte a su seno, y haciendo penitencia en pavez y ceniza, se reprende, porque toda en sí misma se aniquila y consume. (II, 223)

La “penitencia en ceniza” del alma es una clara referencia a la de Job. Asimismo, las entrañas del cuerpo que rechazan el alma son los familiares de Job que se burlaron de su continua fe en Dios aun en pleno sufrimiento y miseria.

En otro pasaje Castillo escribe directamente sobre Job:

¡Oh cuán bueno es para mí, que me humillaras, para conocer tus santas justificaciones! Oh alma mía, ya oíste la paciencia de Job. Oh Dios mío, qué cosa

⁸ La cursiva es mía.

más dichosa que aquel muladar donde fue probado, y se conoció ser amigo vuestro; este excedió en grandeza a los palacios más suntuosos, pues allí se vuelven los hombres enemigos de su criador, y aquí se probó, y fijó la amistad con tu Dios. (I, 246)

Y en *Su vida* Castillo repite, “[o]jiste la paciencia de Job, que condujo el Señor a fin próspero, y en ella no habló con estulticia contra Dios. Vistes el fin del Señor, que no abrió sus labios como modo estuvo entre sus penas, entre espinas de tribulaciones [...]” (101).

Ambas mujeres se refieren a Job como modelo para poder aguantar las miserias en la tierra. El santo les era el perfecto modelo porque nunca le culpó a Dios por las horribles úlceras malignas que contrajo ni la pérdida de casi todos sus bienes terrenales. La “ceniza”, la cual Castillo llama “muladar,” eran los montones de carbones de estiércol que los judíos primitivos usaban para combustible. Por eso, el mismo Job escoge este lugar central en Job 2:8 para públicamente contemplar su situación. Allá, al final del libro exhortó a Dios, “[s]ólo de oídas te conocía; mas ahora te han visto mis ojos. ¡Por eso me retracto y hago penitencia sobre polvo y ceniza”. Para Castillo, especialmente, es maravilloso sufrir por Dios así en el estiércol, el muladar, o la ceniza y el polvo donde fue probado Job. Para Castillo son santos refugios donde ella prefiere permanecer.

Excrementos como estiércol en *Los afectos espirituales*

Santa Teresa, la tradición antigua y bíblica, la creatividad e imaginación poéticas de Castillo y más pudieron haberse combinado para producir las múltiples referencias a los excrementos en sus obras. Sea la que fuera la razón, veremos ahora si ella sigue sus fuentes fielmente o si encuentra su propia voz a través de diferentes usos de estos inesperados símbolos.

Una de las técnicas favoritas de Castillo es usar el estiércol por el pecado para demostrar la misericordia de Dios. De esta manera, sigue su modelo bíblico. Primero declara, “[e]n la amargura amarguísima tendré paz, y en la amargura moraré; haré de ella un nido de descanso, y en este nido, propio mío moriré a mí para vivir y revivir con tu calor, que a ninguno se niega, que mira lo humilde, y resucita del estiércol al pobre [...]” (I, 8). Después, el pobre se encuentra en otra parte, cuando dice a Dios, “[...] tú resucitas de la tierra al pobre, y levantas del estiércol al necesitado [...]” (I, 148). Entonces, el pobre se encuentra con todavía otro actor, cuando la Madre cita a Dios directamente, “[n]o te hará conocer para amar mi poder, y misericordia, que levanto de la tierra al pobre y del estiércol al misericordioso?” (I, 303). Cuando Castillo vuelve a conversar con Dios, invierte sus lugares en, “[...] te alab[arán] los príncipes de tu reino, cuando de la tierra suscitares al necesitado, y del estiércol levantes al pobre” (II, 96). Además del pobre, el misericordioso, el humilde y el necesitado ahora nos exhorta, “[m]ira, pues, cuanto te importa allegarte cada día más y más al Señor con el conocimiento de tu vileza, ignorancia y malicia, para que de tantos males te sane el que sólo es poderoso para levantar del estiércol al caído” (II, 153).

Otro uso del estiércol es para describir negativamente todo lo que va contra los propósitos divinos. Al respecto, Castillo proclama claramente varias veces, “[t]odo lo que no es Cristo reputaré por estiércol” (I, 12), “[i]o]h alma mía!, qué darás por ver el rostro de Cristo apacible y benigno! [E]sto desea, esto procura, a esto anhela, todo lo demás reputa por estiércol [...]” (I, 89) y “[...] todo se ha de reputar por estiércol si impide el lograr a Cristo, su amor, y caridad [...]” (II, 197). Con el símil de un insecto condena la bajeza de su alma en, “[m]ira pues alma mía. [...] pues todo lo que hay en ti como el escarabajo camina entre la tierra y el estiércol” (II, 104). Igual que el gusano y la mosca, el escarabajo es uno de los insectos que típicamente se asocia con el decaimiento y la pudrición de materiales fecundos y naturales.

El estiércol se usa también tanto para identificar a los que no aman al Señor como para condenar sus acciones. Castillo primero dice con otro símil que “[los incipientes] son hechos corruptos y *podridos como el estiércol*, abominables en su fealdad y en sus estudios [...]” (I, 62, bastardillas son mías). Luego, varía el orden del símil con un animal en, “[m]as mira cómo todos declinaron, y fueron hechos como inútiles para el fin altísimo que fueron criados; y *como jumentos se pudrieron en su estiércol*; y, en medio de los días que tenían por suyos, se les quitó el alma, y descendieron en la vida que amaban al infierno” (I, 243)⁹. En *Su vida*, parece combinar las dos versiones en, “[todos] *corrompido se han*, abominables *se han hecho*, porque *como jumentos se pudrieron en el estiércol* de las cosas de la tierra” (99)¹⁰. Además de repetirlas, las formas parecidas de la misma expresión (“son hechos corruptos”, “corrompido se han”, “se han hecho”, “corrompido”, “corruptos”) podrían ser ejemplos del *verborum concinna transgressio* o el *multis casibus* sugeridos por Quintiliano (vol. III, lib. ix, 366-368).

Castillo también usa la imagen del estiércol para representar los pecados de los pecadores que se niegan a arrepentirse. Escribe, “[...] aquellos hijos ínclitos de la Sión Santa vestidos del oro más primo, reputados ya por vasos de tierra como las obras del ollero, despreciables abraza[n] el estiércol, y oscurec[en] el oro de sus muros; muda[n] el color óptimo y gracioso en pálido y despreciable” (II, 237) y “[m]ira el ansia con que besan y abrazan [los hijos ingratos de Dios] el estiércol [...]” (II, 60). La imagería amorosa de “ansia”, “besan” y “abrazan” no solamente realza el deseo de los pecadores sino que contrasta con el asqueroso “estiércol” de sus pecados. Sin embargo, la excitada energía sexual que usa la Madre parece acercarse más al *Cantar de los Cantares* que a cualquier modelo bíblico con excremento. En cambio, en una clara referencia al excremento como comida que vimos en, por ejemplo, Ezequiel y II Reyes, los pecadores no solamente abrazan y besan el estiércol de sus pecados sino que ahora la Madre dice, “[l]os que habiendo sido vestidos de púrpura y grana en su creación ahora comen y se sustentan con el estiércol de los vicios, y inmundicias que abrazan” (I, 73).

⁹ La cursiva es mía.

¹⁰ La cursiva es mía.

Castillo también usa el estiércol para enseñarnos con anécdotas y alegorías. Personifica un pecado capital en particular, cuando escribe, “[l]a soberbia es aquella locura, que esparce al aire, y *echa al mar los tesoros verdaderos*, y siempre se arde con furor por recoger basura y estiércol, y anda siempre fundando casas y torres sobre el viento” (I, 236)¹¹. La metáfora primero conecta la soberbia con la locura mientras los verbos “esparce”, “echa”, “se arde” “recoger”, “anda” y “fundando” destacan el poder casi humano de este pecado. En *Su vida* vemos la misma asociación del estiércol con soberbia en una de las famosas visiones de Castillo sobre su alma:

yo conocía que el altísimo y limpiísimo Dios quería así humillar mi soberbia y que me aborreciera a mí misma como a un costal de estiércol: así no daba paso en que no hallara un lazo. No sé si a este propósito me había Nuestro Señor mostrado algún tiempo antes que empezara a pasar esto, a mi misma alma en forma de un caminante que subía un monte, pobre y desnudo, y tan flaco, que parece se tenía y andaba en unas pajas o canillas delgadas, iba encorvado, porque cargaba sobre sus hombros un costal de estiércol, entre el cual iban muchos animales inmundos. (125)

Luego, unas saetas hirieron los animales y quedaban más débiles. Ella aprendió que lo mismo le pasaba a ella y Dios quiso moderar su trabajo para que se concentrara en su soledad (Castillo, 2007: 126).

En otra ocasión, explica que si una hija realmente ama a su padre rico, que quiere regalarle galas, joyas y aderezos, ella aceptará todo eso por complacerlo a él no para enriquecerse ella misma. De otro modo, atropella la honra de su padre (I, 217). Su lección al final sobre una hija necia así es que “[...] la que vestía holandés, púrpuras y granas [la hija] se abraz[a] con el estiércol [...]” (I, 217). Aquí, como vimos anteriormente, el verbo “abrazar” representa el intenso amor de pecar.

En otras tres historias con la viña y la higuera, el estiércol metaforiza la nada del alma y la existencia humana. Castillo dice, “[...] es fácil volverse como la viña del perezoso, y aun cuando descansa del rigor exterior, ocúpese en recoger motivos para su dolor, arrime a su viña el estiércol de su propio conocimiento de su barro y su nada, de las infinitas miserias que abriga su tierra, para gemir con el peso de ella” (I, 51). Como vimos en San Lucas 13:8, el estiércol es otra vez un abono. Aquí, sin embargo, se asocia con “dolor”, “barro”, “nada”, “miserias,” “gemir” y “peso” que, en vez de enriquecer, pesan al alma.

El mismo tema se desarrolla en forma algo más positiva en otro pasaje:

Arrima a tu considera[c]ión el estiércol de tu nada, y corta los ramos superfluos con el cuchillo de la mortificación. Haz frutos dignos de penitencia: da tu fruto en tu tiempo, considera cuán limitado y corto es el tiempo de merecer; date prisa a obrar el bien en este limitado día de la vida, porque llegará la noche de la muerte cuando ninguno puede ya obrar bien. (II, 159)

¹¹ La cursiva es mía.

Aunque otra vez recuerda al alma que no es nada, Castillo todavía la llama a crecer y producir durante el poco tiempo que sí tiene. Los mandatos “arrima”, “corta”, “haz”, “da”, “considera” y “date” expresan la urgencia de la situación.

A continuación Castillo incluye un tercer ejemplo de esperanza para el alma:

Mira, alma mía, que eres aquella higuera infructuosa que tantas [sic] veces has tenido la segur a la raíz para ser cortada, y si los ángeles y santos, y la Reina de todos ha pedido al Señor de la heredad te dé más tiempo, que arrimándote el estiércol de tu propio conocimiento, cultivándote y regándote con santas inspiraciones, podándote con trabajos y mortificaciones esperan frutifiques [sic] frutos dignos de penitencia. Mira no dejes frustrados sus deseos, y se llegue el plazo último cuando ya no habrá más tiempo. (II, 101-02)

El alma/la higuera sigue reconociendo que no merece nada al arrimar el estiércol estéril. Sin embargo, aquí María intercede para que haya más tiempo para producir buenos resultados.

Excrementos del “muladar”

En el siglo XVI de Santa Teresa, el “muladar” era el lugar donde se echaba el estiércol y la basura en las casas (Chicarro: 223). En México durante el siglo XVIII, la recolección de excrementos todavía fue difícil y la gente aun orinaba y defecaba al aire libre (Rodríguez: 108, 111). La pobre higiene y el ambiente insalubre en general que persistieron hasta fines del siglo provocaron en el país “inquietud y pánico entre los ciudadanos” por las epidemias (Rodríguez: 1, 18, 27-28). Los famosos viajeros del siglo XVIII solían comentar la falta de sanidad en otras partes de las colonias también. Uno escribió que el arroyo central de las calles en Santiago de Chile era una letrina pública y, en Quito, otro vio la alcantarilla y el cano correr por las calles (Clement: 84-85).

Para la mitad del siglo XVIII, sin embargo, había mayor sensibilidad del olfato y el público empezó a asociar el mal olor de las inmundicias con la contaminación de los pozos y el malestar en general (Clement: 86; Rodríguez: 113). Así, como parte de la modernización y reestructuración borbónica de la Ilustración, por primera vez había un intento de asear las calles y armar muladares públicos y desagües subterráneos para recibir las basuras y los desechos y, así, imponer un ambiente más sano en las ciudades (Clement: 84; Rodríguez: 7, 20, 27; Alzate: ix-xi). Como ha dicho Adriana María Alzate, “[s]ubyacente a todas las estrategias mencionadas, la voluntad de controlar el cuerpo estaba unida al ansia de control social” (xv).

Aun así, la estrategia de la higiene pública lograda en Nueva Granada para mediados del siglo XVIII era todavía “rudimentaria” (Alzate: xvi). La región se azotaba por tantas enfermedades y epidemias que el gran reformista español, José Celestino Mutis (1732-1808), la creía malsana (Alzate: 13). La Tunja de la Madre Castillo seguramente no era una excepción a estas consideraciones. De hecho, la escasez de agua para tomar y bañarse allá ha sido, como ha dicho Luis Aristizabal, “el más grande de los problemas tunjanos, ayer y siempre. [...] era necesario ir a la

fuelle grande que estaba fuera de la ciudad, por agua. [...] [l]a falta de agua ha sido el talón de Aquiles de la ciudad” (57).

Las lecturas de Castillo de las obras de Santa Teresa también pudieron haberle reforzado estos temas. En su *Libro de la vida*, mientras comenta sus tropiezos e impedimentos en la oración, Santa Teresa se compara a sí misma a “un muladar tan sucio y de mal olor” (189). Sin embargo, allá Dios con su amor y misericordia hizo un “huerto de tan suaves flores” (Santa Teresa, 1990: 189). Para enfatizar su debilidad sin el Señor y su temor de volver a vivir sin Él, Teresa ruega, “Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar, como antes. No lo primitáis” (Santa Teresa, 1990: 223).

En *Su vida*, por contraste, Castillo usa el mismo término para reflejar sus frustraciones en el convento:

Por este tiempo me volvieron a hacer sacristana, poniéndome por superiora en aquel oficio a una de aquellas religiosas mozas que estaba mal con mis cosas. Ella era [...] buena [...] y yo en todo le debía dar disgusto, porque aun las cosas que yo hacía para servicio de la iglesia, mandaba delante de mí que las tiraran con la basura al muladar [...]. (107)

En vez de ser un lugar de prueba para un santo como Job, el muladar aquí representa el fracaso y fealdad de todo el servicio de la monja. En *Su vida*, cuando Castillo otra vez teme el rechazo, explica “[p]ues [...] como la pluma puesta al viento, si no te ocultas te despeñas, por lo menos en muladares inmundos, o en el abismo de la eterna muerte” (100).

En *Los afectos*, Castillo usa el muladar para convencernos de su propia indignidad, como la de Santa Teresa:

Estando el alma anegada en un profundo conocimiento de la propia nada, de la podre, malicia e ignorancia, de la debilidad para lo bueno, y inclinación a lo malo; me parecía mi vida, y toda yo como un estropajo manchado y inmundo, y que siempre está produciendo males más nocivos que ningún veneno o tósigo. A vista de esta verdad entendía, cómo justamente por mis innumerables culpas podía la Divina justicia echarme al fuego, y quitar este oprobio del mundo, que aún en los muladares fuera dañoso un tal estropajo de donde siempre brota soberbia, vanidad, mentira, e ignorancia. (II, 120)

Las palabras “podre”, “estropajo”, “manchado”, “inmundo”, “nocivos”, “veneno” y “tósigo” realzan su fuerte suciedad que sobrevive aun el asco de un muladar.

Nadie más es mejor, cuando Castillo comenta, “[la ánima del hombre] sólo tiene por fundamento suyo un muladar [...]” (II, 176). El muladar es también donde deberían permanecer los pecadores cuando afirma, “[m]ás los malos como vasos de vil barro llenos de la ponzoña de los vicios, serán quebrados con vara de herra, y echados al muladar del infierno [...]” (II, 167). Ella misma no merece nada mejor cuando revela, “[d]eseaba en lo exterior pasar el plazo que me queda de vida en un muladar como están los perros desechados [...]” (I, 248). O, como Job, explica,

“[s]oy yo, Dios mío, como la mosca asquerosa que aunque mil veces me llevéis, y llamáis a vos que sois todo mi bien, mi vil condición es volverme a la podre y a los muladares, y hacer asiento en ellos” (II, 87-88). La mosca vuelve como actor convencional en los sitios feos, mientras la podre, como veremos, representa todavía otra clase de excremento inesperado en el repertorio de Castillo.

En otra anécdota, la monja sigue ilustrando la misma idea:

¿No has visto en la casa del ollero con la facilidad que arroja y deshace los vasos que formó de barro, si no están a su gusto? [...] Al muladar más inmundo los tir[a], sin faltarle porque aquellos se perdieran, materia ni facultad para hacer otros. Gloria es del dueño de la casa, que la basura de ella se arroje al muladar, y una vez arrojada, no se vuelve a tener de ella más memoria. (II, 215)

En nuestras acciones se descubre el olor de la soberbia que deja el alma “inútil y sólo para el muladar” (II, 247). En estos casos, Castillo prefiere seguir el modelo bíblico del muladar como una prisión que pinta con mal olor, moscas y perros o como un lugar de la muerte que la silencia una vez por todas.

Excrementos como lodos, cienos y más

Al mencionar “charcos”, “lagunas”, “pantanos”, “empantanado”, “cenagosas” y más, Castillo introduce las imágenes de varios olorosos lugares naturales de excrementos terrenales. Además del lodo y cieno que ya hemos visto en la Biblia, estos sitios también podrían haberle sido sugeridos por Isaías 57:20, donde “[...] los impíos son como un mar proceloso, que no puede aquietarse y cuyas olas remueven cieno y lodo”, o por la famosa sentencia en la epístola II de San Pedro 2:22 que se nos recuerda, “[...] [v]olvió el perro a su vómito, y la cerda, lavada, vuelve a revolcarse en el cieno”.

Probablemente encuentran su inspiración también en Santa Teresa, quien escribe sucintamente en *Las moradas*, “[e]sto de los pecados está como un cieno” (125) o más larga y metafóricamente, “[...] si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente. Ansí como decíamos de los que están en pecado mortal cuán negras y de mal olor son sus corrientes [...] Dios nos libre, que esto es comparación, metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía [...]” (Santa Teresa, 1989: 22). Los tres sinónimos por el miedo al final realzan la trampa del pecado que simbolizan el mal olor y color feo de las aguas estancadas.

Otra fuente de Castillo seguramente fue el *Libro de la vida* de Santa Teresa. Allá, probablemente leía, “Señor mío, que ansí hacéis de pecina [cieno] tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa!” (255)¹². Después, sobre el alma, Teresa escribe, “[y] aun más dificultoso y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos, y

¹² Véase nota 5.

aprovéchale poco querer volar; que, aunque es más su natural que del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa” (291). En una visión infernal menciona, “estando un día en oración me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. [...] El suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor. [...] Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecía” (381, 383).

Además de la Biblia y Santa Teresa, las muchas referencias a los lodos y cienos en *Los afectos* podrían haber sido afectadas por el pensamiento médico. Según la teoría etiológica hipocrática en boga al momento, se creía que las epidemias se causaban por el aire impuro de emanaciones telúricas patógenas (Alzate: 10). Se obsesionaban por el subsuelo y lo pútrido de la tierra que supuestamente se empapaba, vomitaba soplos y almacenaba productos de putrefacción (Alzate: 12). Las emanaciones de tierra lodosa se consideraban las más severas y peligrosas debido a la percibida “fermentación interminable” de esos lugares (Alzate: 12).

En *Los afectos*, Castillo emplea el lodo, el cieno y otras áreas similares de varias maneras que parecen reflejar su familiaridad con estas preocupaciones. Con la metáfora del agua, escribe en una ocasión, “[y] no ves cómo le ayudan a pasar con más facilidad, y prisa, los otros arroyos que se unen con él; llevando los mismos pasos de caminar al centro; mas no ves, como si fuere a los charcos y lagunas quedará empantanado y hecho cieno, cueva de sabandijas y animales” (I, 126). Nos desafía a seguir las aguas activas y frescas de Dios sin estancarnos en el lodazal del pecado. Allá, como el sapo de Teresa, no seremos diferentes de las sabandijas que frecuentan el material podrido al lado de las moscas y los escarabajos.

En otro ejemplo personal, Castillo dice, “[e]sto claramente conozco, veo, sé y experimento. Soy por lo que tengo de mí como un pozo de cieno de donde están continuamente brotando malos olores, saliendo asquerosas sabandijas; ¿qué otra cosa son mis pasiones, faltas, culpas, imperfecciones?” (I, 105). Con cuatro verbos, insiste que ella misma ha visto y oído el cieno que simboliza sus pecados. El “pozo” de este cieno sugiere que es una especie de “muladar” para el convento. Entretanto, el gerundio, “brotando”, se deriva del sustantivo, “brote”, que se usa muchas veces en cuanto al comienzo de epidemias. Luego, Castillo combina la imaginería del agua buena y mala al decir, “[...] y cuán lejos he andado de la verdadera vida del espíritu, pues muchas veces el fin y nacimiento de mis obras, palabras etc., han sido, no el agua y fuente pura, limpia y vital del amor del Sumo Bien, mas antes los charcos y pantanos cenagosos del amor propio, de las cinturas, y de las pasiones” (I, 224).

Con otros insectos Castillo vuelve a insertarse personalmente en el relato, cuando escribe, “[y] por lo que toca al cuerpo la podre es mi padre, los gusanos viles y asquerosos mi madre y mis hermanos y que su principio, sus medios y sus fines son las horrruras y los ascos; y estando sumida en este cieno, a manera de los gusanos asquerosos que se crían en él; clamando al Sumo Bien desde aquel profundo, entendí” (II, 120). Aunque se desprecia con diferentes símbolos de “horrruras y ascos”, el verbo, “entendí”, irónicamente termina el pasaje en forma alentadora. Entretanto, la aliteración de la “p” en “podre” y “padre” le agrega un interesante tono musical.

Aunque no pasa por los intestinos, la podre, “una imagen también vista en Job, las *Epístolas* de Horacio y *De los nombres de Cristo* de Fray Luis de León” (León: 411; Cueva: 411), sí representa otro tipo de excremento corporal que Castillo repite en varias otras ocasiones retóricas en *Los afectos*. La puede invadir desde adentro, cuando explica con epíteto (Quintiliano, vol. III, lib. viii: 322-25), “¡[o]h Dios mío!, primero entre la corrupción y la podre en mis huesos: primero se caigan a pedazos mis carnes [...] [!]” (II, 99). O con dos perífrasis (Quintiliano, vol. III, lib. viii: 334-35), usa muchas palabras cuando una bastaría en, “[el hombre] es [...] en cuanto al cuerpo un sepulcro cubierto, un saco de podre, un enfermo y llagado, un compuesto de todas las miserias; y todo el hombre de suyo no lleva más que vicios, miserias y pecados, mentiras, y necesidades” (II, 193). El “saco de podre” del hombre aquí es una interesante comparación al “costal de estiércol” que ella misma lleva en *Su vida* (125-26). Finalmente, el *sibi ispi responsio* ciceroniana (Cicerón, vol. II, lib. iii: 166) pregunta retóricamente, “¿[q]ué quiere, alma mía, decir, que el polvo, la tierra, la nada, y la podre asquerosa se haya opuesto a la Majestad del Omnipotente [...]?” (II, 206).

Posiblemente reflejando el *hilaritatem* de Quintiliano (vol. III, lib. ix, 372-73), Castillo luego liviana el asunto con un poco de sarcasmo, cuando dice, “[e]sperar de sí bienes, es querer que un pozo de cieno produzca esmeraldas y diamantes [...]” (II, 144).

Sin embargo, los animales luego vuelven a personalizar el relato negativamente en, “[q]ué soy yo Dios mío, sino como el sonido de los animales inmundos, como el gruñir de sus gemidos con mis vicios y pasiones, como el cenegal [sic] y lodo en que se revuelcan, de donde siempre sale malo y pestilencial olor, desapacible a la vista, asqueroso al gusto, y al olfato?” (II, 302). Para estimular nuestros sentidos, el pasaje se remonta a los famosos puercos de la Biblia. Sin embargo, Castillo últimamente ve su salvación en Dios y exclama, “[h]azme salvo Señor, porque me hundo en un profundo de confusión, y descaecimiento, en un mar amargo cuyas aguas han entrado hasta mi alma, y estoy como caído y atollado en un lodo profundo” (II, 207).

Castillo posiblemente tenía en mente el “lodo” de construcción de los antiguos hebreos cuando escribe, “[n]o quieras pues habitar en esta casa tuya de tu lodo, y tu paja, que combatida de los cuatro vientos por todos lados amenaza ruina” (II, 136). El significado del mismo término no queda tan claro, sin embargo, cuando declara que hacer mal es “[...] haber incurrido el polvo, y el lodo en el odio inmenso, infinito, esencial, razonabilísimo que Dios tiene al pecado [...]” (II, 100). En otros momentos usa el lodo para animar al alma en, “[e]spera al Señor con larga esperanza, no te canses de esperar [...] oírás tus ruegos y gemidos sacándote del lago de miserias, y del lodo podrido en que ya te miras como anegada y sumergida [...]” (II, 162) o para esperar la respuesta de Dios pregunta, “[¿] [...] qué es la voz del alma? [...] No es su clamor con una voz enronquecida con sus defectos y trabajos de estar como sumergida en el lodo profundo de sus miserias. [...] Y así oye el Señor la voz del que le clama [...]” (II, 220-21).

Luego, con un buen sentido de higiene moderno, Castillo nos advierte, “[n]o quiera el barro y lodo entender como ángel, sentir como Serafín. [...] la casa del

Señor y al alma que es morada suya conviene y es decente la santidad y limpieza [...]” (II, 97). Con plantas explica, “[s]uben las zarzas y espinas de tus vicios y ignorancias [...] que es haber incurrido el polvo, y el lodo en el odio inmenso, infinito, esencial, razonabilísimo que Dios tiene al pecado (y al pecador, mientras no deja de serlo)” (II, 100). Finalmente, con otra conocida referencia bíblica pregunta, “[¿] no ves que los puercos son los que sepultan en el lodo las margaritas preciosas, y entierran el oro de su Señor y lo sepultan?” (II, 125).

Conclusión

En el presente estudio sobre las funciones y las fuentes de los diferentes tipos de excrementos en *Los afectos espirituales*, hemos podido contestar varias preguntas sobre el estilo de la Madre Castillo. Queda claro que ella dependió fuertemente de la Biblia, Santa Teresa, la tradición poética, y aun la teoría médica-telúrica y más para los símbolos, las metáforas y los símiles que usa por el pecado y la purificación del alma. A pesar de esta dependencia, ella es creativa con dicha imagería sin entrar en discursos que podían haber sido considerados bizarros, obscenos o heréticos ante la constante vigilancia de sus confesores masculinos y la Inquisición católica. Tal uso de los excrementos también prevenía que su obra se volviera simplemente otra regurgitación femenina de los mismos temas tradicionales de la época.

Lo que Castillo sí hace en cambio es usar las herramientas a su disposición para forjar una bella voz mística lejos de la violencia del Antiguo Testamento pero con toda la pasión de un alma atormentada en su prisión de pecado terrenal. Así, convierte el estiércol en el perfecto símbolo del pecado desde donde Dios rescata al hombre y el material que realmente identifica a los que no aman al Señor para que se condenen sus acciones. Es también la metáfora por los pecados de los que no se arrepienten y lo maligno que corrompe el plan divino. A diferencia de la Biblia, donde sirve para enriquecer el alma, Castillo lo asocia a veces en *Los afectos* con un abono estéril y seco.

Su segunda principal categoría de los excrementos, el muladar, representa las frustraciones de la Madre en el convento. Es además el vehículo a través del cual nos convence de su propia indignidad, como Santa Teresa; el muladar es tanto como una prisión o lugar de la muerte, como vemos en la Biblia. Los cienos, por otro lado, pueden reflejar su familiaridad con áreas naturales que supuestamente “excretaban” putrefacción e impureza al aire. Sean lo que fueran los excrementos intestinales, corporales o terrenales en *Los afectos*, hemos visto que Castillo incorpora los animales, los insectos, el humor, la sexualidad y su propia experiencia personal para demostrar su voluntad de experimentar con diferentes técnicas retóricas e inesperados tópicos como la podre y las ciénagas.

Muchos críticos han enfatizado la vida difícil, si no triste, que debió haber llevado la Madre Castillo en la Tunja, Nueva Granada de los siglos XVII y XVIII. A pesar de esa probable verdad, lo que sí logra Castillo en *Los afectos espirituales* es darnos un pequeño vistazo dentro del espíritu y la mentalidad místicos de la época barroca colonial. Los excrementos, un tópico tan remoto hoy como la villa en que vivía Castillo en aquel entonces, nos recuerdan que sea cual fuera la fuente —religiosa,

médica, la experiencia personal o más— casi cualquier cosa puede ser también un tesoro literario de inspiración divina.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHURY VALENZUELA, Darío (ed.).
 1968 *Obras completas de la Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo*. Vol. 1. Bogotá: Banco de la República, 2 vols.
- ALZATE, Adriana María.
 1999 *Los oficios médicos del sabio*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- ARISTIZABAL, Luis H.
 1987 “La Tunja de Inés de Hinojosa y de Juan de Castellano”, *Boletín cultural y bibliográfico*, 24.13 (1987):55-76.
- BEJARANO-DÍAZ, Horacio.
 1959 “La Madre Castillo”, *Universidad Pontificia Bolivariana* 23 (1959):17-21.
- CASTILLO, Madre Francisco Josefa del.
 1942 *Afectos espirituales*. 1896. Ed. Antonio María de Castilla y Alarcón. Bogotá: Editorial ABC, 2 vols.
 2007 *Su vida*. Ed. Ángela Inés Robledo. Caracas: Ayacucho. [Web 20 sept., 2010].
- CHICHARRO, Dámaso (intr.).
 1990 *Libro de la vida*. Por Santa Teresa. Madrid: Cátedra, pp. 19-92, 8ª edc.
- CICERÓN.
 1988-92 *De Oratore*. Trad. H. Rackham. Vol. II. Cambridge, MA: Harvard UP, 2 vols.
- CIRLOT, J.E.
 1962 *A Dictionary of Symbols*. Trad. Jack Sage. New York: Philosophical Lib.
- CLEMENT, Jean-Pierre.
 1983 “El nacimiento de la higiene urbana en la América española del siglo XVIII”, *Revista de Indias*, 43.171 (1983):77-95.
- CUEVAS, Cristóbal (ed.)
 1986 *De los nombres de Cristo*. Madrid: Cátedra, 5ª edc.
- HATZFELD, Helmut.
 1968 *Estudios literarios sobre mística española*. Madrid: Gredos.
- JOHNSON, Julie Greer.
 1983 *Women in Colonial Spanish America*. Westport, CO: Greenwood P.
- LEÓN, Fray Luis de
 1986 *De los nombres de Cristo*. Ed. de Cristóbal de Cuevas. Madrid: Cátedra.

MCKNIGHT, Kathryn Joy.

1997 *The Mystic of Tunja: The Writings of Madre Castillo 1671-1742*. Amherst, MA: U of Massachusetts P.

MORALES BORRERO, María Teresa.

1968 *La Madre Castillo: Su espiritualidad y su estilo*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

QUINTILIANO.

1986 *Institutio oratoria*. Vol. III. Trad. H.E. Butler. Cambridge, MA: Harvard UP.

ROBLEDO, Ángela Inés (intr.).

2007 *Su vida. Por la Madre Castillo*. Caracas: Ayacucho, pp. ix-lxv. [Web 14 mayo de 2010].

RODRÍGUEZ, Martha Eugenia.

2000 *Contaminación e insalubridad en la ciudad de México en el siglo XVIII*. Ed. Jorge Avendaño-Inestrillas. México, D.F.: Facultad de Medicina de UNAM.

SANTA TERESA.

1989 *Las moradas*. México, D.F.: Espasa-Calpe, 15ª edc.

1990 *Libro de la vida*. Ed. Dámaso Chicharro. Madrid: Cátedra, 8ª edc.